AL PUEBLO DE LA REPUBLICA

14

LA ciudadanía libre y digna del país ha sido ultrajada por los atentados cometidos contra las sedes de los partidos políticos opositores por bandas de delincuentes què amparados por la policía, destruyeron e incendiaron sus locales con una impunidad de procedimientos que evidencian un plan premeditado.

La Casa del Pueblo, sede central del Partido Socialista, fué asaltada, saqueada e incendiada, sus libros y muebles arrojados a la calle, su imprenta destruída.

El comunicado de la Policía afirma que la columna asaltante fué provocada por disparos de armas que partieron del interior. Tal afirmación es falsa. La Casa del Pueblo se encontraba a oscuras, con sus puertas cerradas y las cortinas bajas, como es de práctica desde hace años, cada vez que se realizan manifestaciones oficialistas.

Tal afirmación es absurda, por cuanto nadie ataca si carece de medios para hacerlo En esos momentos solo se encontraban en la Casa pocas personas —entre las cuales varias mujeres— entregadas a sus ocupaciones habituales en la administración y en la Secretaría y algunos delègados del interior que regresaban del Congreso de Mar del Plata, uno de ellos con su esposa é hijo.

Nadie atacaría en esas condiciones a una columna que vuelve enardecida por las palabras de su jefe que la instó «dar leña» y ahorcar a los opositores. Producido el ataque solo se emplearon las mangueras propias para alejar a los incendiarios.

Los diarios oficialistas pretenden justificar el vandálico hecho por la reacción popular ante el alevoso atentado cometido en la Plaza de Mayo. El Partido Socialista condena con toda energía èse acto de barbarie y protesta, con igual vehemencia, por la calumniosa acusación que contra él se ha lanzado.

En su larga y difícil lucha, de más de medio siglo, jamás empleó nuestro partido la violencia. Ha sido victima de ella y es larga ya la lista de sus muertos.

Poseemos los testimonios de numerosos ciudadanos y afiliados que presenciaron oprimidos por indecible dolor, la destrucción de su casa, venerada por que ella levantada y enriquecida por el esfuerzo de hombres y mujeres, había sido ofrécida a la cultura del pueblo. Ellos afirman nuevamente que el grupo asaltante provisto de armas

de fuego, barretas de hierro y nafta, tirotearon, destruyeron las puertas y cortinas del edificio y lo incendiaron desde el sótano donde se encuentra la imprenta. Quemaron los muebles de la sala que lleva el nombre de Angel M. Gimenez, ilustre higienista y educador, quemaron en ella el retrato de Mario Brave, el gran político e insigne poeta y lanzaron a las piras levantadas en las calles los libros de la Biblioteca Obrera, donde miles de hombres de trabajo fueron en busca de saber, donde miles de estudiantes encontraron sus textos de estudio, donde se conservaban documentos irremplazables para la historia del movimiento obrero argentino, donde estaban las bibliotecas de Juan B. Justo, de Silvio L. Ruggieri, de Alejandro Castiñeiras.

Afirman que todo fué hecho en presencia de la policía, que en ningún momento intentó evitar la consecución del crimen e impidió, en cambio, que los afiliados desde fuera, defendieran su Casa. Fueron varias las reiteradas denuncias y llamadas del Secretario del Partido, hechas desde la Casa del Pueblo a las autoridades policiales. Afirman también que los bomberos, presentes al iniciarse el fuego se alejaron y solo intervinieron, cuando destruído ya el interior de la Casa, el fuego amenazaba los edificios vecinos.

Negamos rotundamente que tan alevosa, absurda y vandálica acción fuera la obra del pueblo. Aún de los que rechazan nuestras ideas. Negamos que los trabajadores argentinos quieran quemar libros y obras de arte que, como las de otras instituciones, eran de un valor universal. No se puede, ante el resto del mundo, afrentar de tal modo al pueblo argentino. Seguimos con nuestra fé puesta en el; creemos que pronto los que están en el error volverán a la senda de la verdad, de la dignidad, de la libertad. Creemos en la profunda honestidad, en el anhelo de justicia de los obreros argentinos y no habrá un auténtico trabajador que al salir de su taller, haya querido arrojar a las llamas la efigie de Juan B. Justo que dió su vida en la obra de crear en la Argentina, para ese obrero, el cooperativismo, el mutualismo, el socialismo.

No habrá un trabajador de la ciudad y del campo que no comparta el dolor de los que vieron arder los libros que escribiera para darle su mensaje de verdad, para compartir con él la esperanza de un mundo libre de odios basado en la libertad y en la fraternidad.

Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista